lia al lado de Hanníbal, ya por enfermedad, ya por las armas, habían sucumbido lejos de la Montaña en que nacieron, legando á los suyos como herencia el odio, tantas veces ponderado, hacia el nombre de Roma.

Puesto de acuerdo con sus generales, por tierra y por mar «y en un día mismo, todos acometen por tres partes á Cantabria.» «De Sasamón sale Augusto contra *Véllica* (Hélecha) y la toma.» «Los Cántabros huyen al inaccesible *Monte Vindio*», que cruza el territorio de los Cóncanos y de los Vadinienses, replegándose al N., donde los Vellegienses afluyen, dispuestos á defender sus vidas y su independencia, y reconociendo á pesar suyo la superioridad de la organización de las legiones romanas; convencidos de que las alturas solo pueden ofrecerles ventaja, «adoptan el sistema de rehusar batalla campal, y hábiles guerrilleros», conocedores del terreno que pisan, aprovechan toda ocasión para mortificar al enemigo y quebrantarle, «y sorprenden y diezman en todo sitio á los Romanos.» Fuertes y robustos, ágiles y persistentes, no hay sendero en la Montaña que no les sea familiar y conocido, y van de la una á la otra parte, de *Peña Prieta* á *Sierras Albas* y á *Sierra Sejos*, empeñando á las legiones «en andar sin fruto, como á caza de fieras, entre montes»; ríndenlas «á insoportable fatiga»; y pónenlas «en riesgo á toda hora, y al mayor peligro siempre.» «Cinco años dura la guerra, que se pensó concluir en pocas semanas; los Cántabros pelean por la vida, sus enemigos por la reputación; de ira y despecho enferma Augusto, abandona el ejército, confía su gobierno á Cayo Antistio y retírase á Cataluña.»

Notable ejemplo de resistencia ofrecía así Cantabria á los ojos del mundo entero; resistencia á la que ayudaban y poderosamente contribuían la ferocidad de la gente y la fragosidad del terreno, en el cual eran de todo punto inútiles y «no servían las fuerzas, ni artes militares» para el intento que perseguía el romano; y como los cántabros no querían rendirse «confiando en la aspereza de las montañas», ni se atrevían tampoco «á venir

á las manos, por ser muy inferiores en número, y reducirse la mayor parte de sus armas á flechas», según Dion Casio afirma (1), «á cualquier parte que movía el emperador sus soldados», batíanlos los montañeses «desde las alturas que tenían ocupadas, sin omitir estratagemas de varias emboscadas.» «Aquellos montaraces sin caudillo,—dice moderno historiador al referir estos sucesos,—...divididos en una infinidad de cuerpos diminutos, eran, como ahora mismo, únicamente guerrilleros, y estaban día y noche hostigando y persiguiendo á los Romanos, tanto en su campamento como en las marchas, sin poder éstos alcanzar jamás á sus enemigos.» «Aparecían y desaparecían con una prontitud asombrosa.» «Arrojados y terribles en el avance, era imposible haberlos en la fuga; rechazados y perseguidos, se enriscaban al punto entre sus breñas, cuyos senderos conocían ellos solos; salían luego, y se descolgaban sobre los Romanos cuando menos lo presumían.» «Eran unas continuas alertas, refriegas desaforadas é irracionales, y desapariciones milagrosas» (2).

Pudo más la necesidad que el esfuerzo y ánimo viril de los montañeses, pues aunque el corazón era «invencible,—como escribe el sabio agustino hijo de aquella comarca,—los brazos y las armas fueron inferiores al enemigo»; pero así y todo, «muchas y sangrientas batallas costó á Roma sujetar á Cántabros y Astures», y muchas veces las aguas de los arroyos y de los ríos que se abren paso por entre aquel dédalo de relieves que forman y constituyen la Montaña, llevaron confundida al Océano la sangre irreconciliable de vencedores y vencidos. «Dígalo, á más de la de *Véllica*, la [cruenta lucha] de aquel *Monte Vindio*»,

(1) Cit. por Flórez, *La Cantabria*, pág. 31.

(2) No en otros términos se expresa Romey, quien añade como conclusión, y probando con sus palabras la unidad del carácter español en todos tiempos: «en fin, cuanto en la guerra de 1808 estuvo acosando á los soldados de Napoleón, vino á suceder ya entonces con circunstancias en extremo semejantes» (*Hist. de España.*, trad. por Bergnes de las Casas y pub. en Barcelona el año 1839, página 128).

el cual, según hemos notado arriba, «cruzaba los Cóncanos, dividía á los Orgenomescos y Vadinienses, y se llama hoy *Picos de Europa*, *Sierras Albas*, *Peña Labra* y *Sierra de Sejos*, á donde se ufanaban de ponderar los Cántabros, que primero llegarían las encrespadas olas del Océano que las soberbias y rapaces águilas romanas.» «Díganlo también: la batalla de *Aracillo* ó *Atracillo*, Aradillos, por cima de Reinosa, donde se peleó con mucha gente y por largo tiempo, como asimismo en los lugares más fragosos, inclementes y selváticos cercanos al mar; la de Santander, que se denominó ya por muchas centurias, *Puerto de la Victoria;* y en territorio astúr, la de río *Astura* ó Esla, al pie del cerro de *Lancia* colocado entre el Esla y el Porma, á tres kilómetros hacia el Norte de Mansilla, donde fué vencedor Carisio, legado de Augusto; la de *Brigecio* (Villaquejida, á la derecha del mismo Esla, entre Valencia de don Juan y Benavente); y por último, aquella donde todo favoreció á los legados Furnio y Antistio, la del *Monte Medullio* ó Sierra de Mamed, sobre el Sil, hacia el Ocaso de Astorga.»

«Dos años después de sujeta Cantabria,—continúa con Floro y el P. Flórez refiriendo en conciso lenguaje el último de los ilustradores de esta región famosa, cuya historia pretendemos recorrer,—crucificados los jóvenes más valientes, vendidos como esclavos y diseminados por España los demás, éstos matan á sus señores, vuelven á su patria y encienden de nuevo la guerra, adestrados ya con la táctica militar romana.» «Agrippa triunfa, no sin que la Legión Tercera Augusta se cubra de ignominia, y sea preciso que la venga á reemplazar la Cuarta Macedónica», establecida allí, no lejos de *Juliobriga*, según convencen no menos de cinco piedras terminales, copiadas por el M. Flórez y reproducidas algunas de ellas por nosotros en el capítulo precedente (1). «Con la victoria de César Augusto (dice Estrabón), los Cántabros» no «desistieron de sus salteamientos

(1) Pág. 124.

y robos»: pero «aquellos que devastaban las tierras de los amigos y aliados del Pueblo Romano, hoy militan en sus legiones.» «En ellas es soldado el Cóncano feroz y los que pueblan los cerrados valles de la ciudad Juliana» (1). «Á todas las familias se les obligó á desalojar los sitios encumbrados y fuertes, y á vivir en lo llano, dominado y abierto»; pero esta medida no fué ni tan absoluta ni «tan general, que las montañas quedasen despobladas, pues los geógrafos posteriores,—advierte el autor de la *España Sagrada*,—suponen allí pueblos, y los que entregaron rehenes se quedaron arriba» (2).

«Para amarrarla como con una cadena, y afianzar la conquista», impidiendo que en lo sucesivo se reprodujeran los acontecimientos pasados, «Roma erizó de sólidos castillos los caminos y desfiladeros» y muchas de las alturas de la Cantabria, «en lo que decimos provincias de Soria, Burgos, Valladolid y Palencia», á cuyo fin contribuyó poderosamente al propio tiempo, el establecimiento de las tres cohortes ó legiones presidiales destinadas por Augusto á la Montaña y allí enviadas por Tiberio, con lo cual, el llano y el monte, la cañada y el valle, cuanto compone el territorio donde se creyó invencible y alardeó de independencia en tantas y tan reiteradas ocasiones el cántabro, desafiando á Roma,—fué sometido y totalmente pacificado desde entonces. Y mientras que, abandonando á la fuerza quizás sus riscos se establecía ya romanizado en Tarragona (3) y en otras

(1) Las palabras de Estrabón, vertidas al latín, dicen: «Minus tamen hodie eo vitio laborant, ob pacem et romanorum ad illos profectiones: quibus ista minus obtingunt, importuniores sunt et inhumaniores: quod vitium augeri par est, cum nonnullis accedat locorum et montium incomoditas habitandi. Verum jam, ut dixi, omnia bella sunt sublata. Nam cantabros, qui maximè hodie latrocinie exercent, iisque vicinos, Caesar Augustus subegit: et qui ante romanorum socios populabantur, nunc pro romanis arma ferunt, ut Concani, et qui ad fontes Iberi amnis accolunt, Tuisis exceptis.»

(2) *La Cantabria*, pág. 143.

(3) Convencen de ello dos inscripciones allí encontradas; la una «se puso... con estatua á un ilustre cántabro, natural de Juliobriga, llamado Cayo Annio

comarcas de la Península, en las cuales dejó vinculado el nombre (1),—«arrancada á su hogar por la tiranía de brutales Césares, la juventud cantábrica, envejecía durante uno y otro y otro siglo en las desnudas colinas de la Judea, volviendo caduca y agostada al suelo patrio, para vivir en pobreza y servidumbre.» «Más de una vez, imperando Tiberio, Calígula, y Nerón, los ancianos, mujeres y niños apellidaron libertad» aunque inútilmente ya por desventura.

Vencida quedó ante el poder de Roma la Cantabria; vencida y sin aliento para resistir á sus conquistadores, quienes abrieron á través de sus incultos montes vías y caminos, beneficiaron las minas, organizaron la región á su manera, le infundieron su cultura, le enseñaron su religión y su idioma, como enseñaron á sus hijos á derramar la sangre de sus venas en apartadas regio-

---

Flavo, cuyas líneas se disponen en Grutero (P. CCCLIV, 4) de esta forma:

C· ANNIO ·L· F·
QVIR· FLAVO
IVLIOBRIGENS
EX· GENTE· CANTA
BRORVM · PROVINCIA · HISPA
NIA · CITERIOR
OB · CAVSAS · VTILITATESQVE
PVBLICAS
FIDELITER · ET · CONS
TANTER · DEFENSAS

La otra «ofrece memoria de una Flamínica de la España citerior, á la cual puso el marido estatua en Tarragona; y ésta era natural de la Cantabria en el lugar de Amoca.» «La piedra dice así» según Grutero (CCCXXV, 10):

PAETINIAE · PA
TERNAE · PATERN
FIL· AMOCENSI·CLVNIENS
EX · GENTE · CANTABRO
FLAMINIC · P·H·C·L· AN
TONIVS · MODESTVS
INTERCAT · EX·GENTE
VACCAEOR · VXORI·PI
ENTISS·CONSEN·P·H·C·ST

(Flórez, *La Cantabria*, pág. 64 y 135)

(1) Tal sucede en el *Cerro de Cantabria* en la Rioja; véase acerca de él lo que expresa el doctísimo Flórez en la obra cit., pág. 143.

nes al servicio de los intereses romanos, aunque jamás, ni ellos, ni los otros pueblos que en el proceso de las edades señorean la España, pudieron arrebatar al cántabro las condiciones de carácter que le distinguen, y que en tanta parte proceden del espectáculo de sus montañas, del cielo que las cobija, y del ambiente, en fin, que le rodea y envuelve de todos lados, y que va con ellos donde quiera que se avecinden y establezcan. Memoria eterna quedó de aquella guerra no sólo en la Montaña sometida, sino allá, en las fértiles regiones lusitanas que se dijeron luego Extremadura, donde Publio Carisio, en recompensa del triunfo por ellos conseguido, funda para sus soldados eméritos la ciudad *Emérita Augusta*, capital luego de la Lusitania entera, emporio un día de las artes, mísera abandonada población en nuestros tiempos, que aún, para recuerdo de su grandeza fenecida, ostenta hoy con los monumentales restos de sus fábricas prodigiosas, que de todas partes surgen, las pintorescas ruinas de sus acueductos, que parece contemplan coronadas de parietarias el espectáculo de desolación que ofrece Mérida, y casi bajo las cuales discurre hirviente la locomotora, extremeciéndolas con su aliento y con sus gritos.

En las medallas romanas de aquella población insigne, que engalanó á porfía el arte latino-bizantino, y delante de cuyos fuertes muros se detuvo la arrogancia de las huestes arábigas que habían vencido con Muza-ben-Nossayr en Sevilla,—figuran «las puertas de la ciudad, con sendas y elevadas torres á los lados, y sobre el adarve» se levanta «en arco una robusta armazón de maderos llenos de TTTTT, que no han sabido explicar los numismáticos.» «Pues esas eran cruces, que perennemente ostentaba toda fortaleza romana, de la una á la otra torre angular, para amenaza y terror de los pueblos esclavizados.» «Puestos en ella los infelices Cántabros, morían entonando himnos y canciones patrióticas, y maldiciendo de sus tiranos y verdugos.» «Cuáles se apresuraban ellos mismos á buscar la muerte, ó peleando unos con otros, ó tomando veneno, ó despeñándose de

los tajados riscos.» «Y todos, ¡cuántas lágrimas de sangre no derramarían por no haber ayudado á Viriato (150-140) ni á Numancia en su lucha de catorce años (146-133), ni á Sertorio (83-72), contentos con su aislada y vanidosa independencia!» «El egoísmo y la satisfacción presente,—dice el escritor á quien copiamos,—ciegan á los hombres para no ver que la ruina y destrucción del adversario y del vecino, las más veces, son precursoras de la propia» (1).

Confundida con las demás regiones españolas, vigilada como ellas, y aún más que ellas,—Cantabria en la nueva división que hizo el propio Augusto de la Península, fué adjudicada á la Tarraconense, dependiendo en ella del Convento jurídico de Clunia, con sus distintos pueblos, entre los cuales sólo halla Plinio digno de mención el de Juliobriga; más tarde Caracala, 216 años después de Jesucristo, formaba con ella, los galáicos y los astures la provincia de Galicia, en la *Nueva España Citerior Antoniniana*, y así hubo de subsistir en las restantes divisiones en que repartieron los Augustos el suelo pátrio; pero ya nunca, hasta en momentos solemnísimos, volvió á recordar sus antiguas glorias, dando en ellos, no obstante, pruebas eficaces sus hijos de que para fortuna de España, circulaba ardiente por sus venas la sangre de aquellos que habían hecho con Hanníbal terrible el nombre cantábrico á las legiones romanas, y á Augusto y á Cayo Antistio y á Agripa, sus vencedores, y ministrando así testimonio de la energía propia de los naturales de la Montaña. Aún se descubre por acaso en ella de vez en cuando restos de su vida bajo el yugo de la ciudad del Tíber, donde aparecen escritos los nombres de algunos de los pueblos que habitaron la Cantabria, como para atestiguar la romanización de la misma, preconizada hoy por sus hijos (2), recogen los montañeses, y guardan con particular cari-

(1) Fernández-Guerra, *Cantabria*, pág. 120 del *Bol. de la Soc. geográfica de Madrid*, tantas veces citado.

(2) «Somos más greco-romanos que los vascongados, apegados á la rudeza y

ño, monedas y objetos encontradas en diversas partes y principalmente en las minas, las cuales debieron ser sin interrupción explotadas por los tiberinos. Habla de los *Selenos*, los más occidentales, establecidos en territorio hoy adjudicado á la provincia de Oviedo, «la inscripción de Galicia que nos dió á conocer Pighio, *Códice Lugdunense*, 16; y de allí Flórez, *España Sagrada*, XV, 68; y Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, 2599:

I · O · M
C A N D I E D O N I
T · CAESIVS · RVFVS
SAELENVS
EX · VOTO · FECIT

«Hallada en Verdiago, ayuntamiento de Villayandre, partido judicial de Riaño, territorio *cóncano*», háblanos de él y de sus habitadores, que hacia el siglo IV se decían *Cuncanenses*, otra lápida fragmentaria, que expresa en las seis líneas de que consta:

BIBLIOTECA

d ‡ ❦ ‡ · M
¿mani LO · VIR
¿oni · *f* · CVNCA
nensi · AV X L
¿cumn V
am · *suo* · *p* O *(suit)* (1)

De la misma zona es también la lápida de Sorribas, en el citado partido judicial de Riaño; de figura irregular, parece aprovechada de un antiguo *menhir*, y declara en las ocho líneas en que se muestra repartido el epígrafe:

lenguaje célticos», dice el ilustre don Angel de los Ríos y Ríos en el art. que sirve de *Introducción* al album *De Cantabria*, ya citado (pág. 10).

(1) Fué publicada por don Juan Castrillón en la *Revista Histórica*, t. XXII, página 45, y el señor Fernández-Guerra al reproducirla en su estudio *Cantabria*, la suple é interpreta así «por vía de ejemplo: *A los dioses manes. A su amigo Manila, hijo de Virono, cuncanense, de cuarenta años, Cumnu erigió esta memoria*».

D · M
BODERO
BODIVES
DOIDERIE
A · XXV
FILIO · SVO
M P H
s · E · S · T
t · *l* · (1)

A ella pertenece otra «lápida de Corao, partido judicial de Cangas de Onís, en la margen derecha del Güeña, al N. de Covadonga», cuyo «estilo, genio, lengua y letra»... corresponden al principio del segundo tercio del siglo V», diciendo:

XAL*(ve)*
†
IN MEMOR*(iam)*
TVGAHORV
CERT*(avit)* E*(t)* MIGE
RAVIT B*(ene)*M*(e)*REN
TE *(hun)*C *(ho)*NOREM G*(ermanus* posuit?) (2)

Y «traída igualmente de Corao, y de los mismos días, como abierta en el año de 436, posee nuestro *Museo Arqueológico Nacional* otra lápida aún más singular todavía», encabezada con el crísmon flanqueado por el A y el Ω (3), don-

(1) Hállase delante del «pintoresco santuario de *Nuestra Señora de la Vega*, á cuyos pies se desliza el Gradefes, cortando la izquierda margen del caudaloso Ezla» y «mide 0,50 metros de alto, por 0,32 metros en lo más ancho.» «En la parte alta las siglas funerarias aparecen dentro de un rudo círculo con sendas palmas á los lados», y el docto P. Fita, su primer ilustrador, estimándola «del siglo III ó IV», la interpreta así: *D*(iis) *M*(anibus). *Bodero Bodives Doiderie*, *a*(nnorum) *XXV*, *filio suo m*(onumentum) *p*(osuit). *H*(ic) [*s*(itus)] *e*(st). *S*(it) *t*(ibi) [*t*(erra) *l*(evis)] *(Museo Español de Antigüedades*, t. IV, pág. 627).

(2) Fernández-Guerra, *Cantabria*.

(3) Entiende el señor Fernández-Guerra, el primero también en interpretar este interesante epígrafe,—que el monograma que le corona envuelve «la idea apocalíptica de la divinidad de Jesucristo con la del misterio de la santísima Tri-

de no sin dificultad se lee, comenzando por la última línea:

LXXIV
RA CCCC
NORVM LVAE
OVIDENAE AN
AMATRI SVAE D
POSVIT SEVER (1)

Hace de los orgenomescos mención, otra «piedra, cóncana también, hallada en Santo Tomás de Collía (legua y cuarto N. de Cangas de Onís)», y que correspondiendo al año 477, se conserva como la precedente en el *Museo Arqueológico Nacional*, habiendo sido varias veces publicada; consta de siete líneas, de las cuales la última sólo muestra los ápices de los signos, y dice:

M P D M
BOVIICIO BODE
CIVES ORGNOM
EX GENT PEMB
ELOR · VI · PV · MV
LV POSVIT
AERA DXV (2)

nidad», unido al A y al Ω el «monograma romano, vulgarizado por Boldetti» y descubierto en algunas inscripciones de Cartago por De Rossi, quien advierte en él «la idea de la Santa individua Trinidad», expresada por la Ψ griega *(Cantabria)*.

(1) Según el docto anticuario de la Real Academia de la Historia, debe leerse: A Ψ Ω—*Posuit Severa matri suae Dovidenae annorum* LV *aera* CCCCLXXIV.—«(En el nombre de la Santa é individua Trinidad). Severa puso este monumento á su madre Dovídena, que murió de 55 años en el 436 de nuestra salvación» (*Cantabria*, saepe).

(2) Publicáronla con efecto, Quadrado, en los *Recuerdos* y *Bellezas de España*, Hübner bajo el núm. 2,707, y nuestro señor Padre en las *Revistas arqueológicas* con que colaboró en la *Ilustración de Madrid* (t. II). Fernández-Guerra la reproduce en su conferencia de *Cantabria*, escribiendo: «Lo que la piedra dice, sin el menor género de duda, es esto:—*M*(onumentum) *p*(ositum) *D*(IIS) *M*(anibus). *Boviicio Bodecives Orgnom*(esco), *ex gent*(e) *Pembelor*(um), *Vipumulu posuit*, *Aera DXV*.—Monumento erigido á los Dioses Manes. A Bovecio, hijo de Bodecio, orgnomesco, de la gente de los *Pémbelos* (hoy lugar de Pembes, al ocaso estival de Potes, en la Liébana): lo puso Vipúmulus, año 477».